

## **Crisálida**

Basado en La metamorfosis, de Franz Kafka

Las maletas estaban hechas. Stella se había preparado el día anterior para, como cada año, partir a su internado. El sol se asomaba, haciendo que la luz naranja se filtrase por las grandes habitaciones de la mansión. Su madre ya se había levantado y estaba tomando una taza de té hirviendo frente a la fogata en su sala favorita.

Sin embargo, esa mañana algo había cambiado. Stella abrió los ojos y las sensaciones de su propio cuerpo eran de pronto irreconocibles. Respirar era un tanto doloroso, lo hacía sin control. Sentía las piernas y los brazos adormecidos y partes de su cuerpo que no sabía que existían de pronto eran sensibles. En su ahora pequeña espalda sentía una capa muy delgada de piel que comparó con sus antiguas pestañas. Pasó una brisa de aire por la ventana de su cuarto, logrando que se diera cuenta que todo su cuerpo estaba cubierto de pelo. Esa fue la gota que colmó el vaso. El disgusto que le causó aquella sensación hizo que esa capa que creía de piel en su espalda empezara a moverse de manera intensa, en un movimiento involuntario. Sintió cómo se despegaba de las sábanas de su cama y se chocó contra el techo de su cama.

Desconcertada, Stella intentó gritar, pero de su garganta sólo salió un sonido extraño. En ese momento, giró su cabeza y observó algo que la dejó aún más atónita: sus manos y sus pies ya no estaban allí. En su lugar, largas y delicadas extremidades se extendían desde su cuerpo. Se movían de una manera que no reconocía en sí misma, pero también con una torpeza que evidenciaba su inexperiencia con su nuevo cuerpo.

Stella decidió incorporarse, o al menos intentarlo. Con un esfuerzo considerable, logró levantarse sobre sus nuevas patas y se dirigió hacia el espejo de cuerpo entero que tenía al lado de su cama. La imagen que le devolvió el reflejo fue aún más desconcertante: su rostro humano había desaparecido, y había sido reemplazado por una estructura alienígena, con unos ojos compuestos y antenas que se movían inquietas.

Había alas en su espalda, eran esa capa que había sentido moverse involuntariamente. Eran enormes, con patrones de colores vibrantes que se extendían en un arco majestuoso. Eran, sin duda, hermosas, pero Stella no encontraba consuelo en esa belleza. La desesperación y el miedo comenzaron a apoderarse de ella.

Desesperada, avanzó con torpeza hacia la puerta de su habitación, intentando abrirla con sus nuevas extremidades. Tras varios intentos fallidos, logró entreabrirla y salir al pasillo. El eco de sus pasos resonaba de manera extraña, como si cada uno de sus movimientos fuese amplificado por su nueva forma.

Stella recorrió el largo pasillo, escuchando los ruidos extraños que sus nuevas extremidades producían al rozar el suelo. Bajó las escaleras con torpeza, luchando por mantener el equilibrio. Al llegar a la entrada de la mansión, se encontró con su madre, quien estaba a punto de salir al jardín.

—Stella, cariño, ¿qué haces despierta tan temprano? —preguntó su madre sin levantar la vista de su taza de té.

Stella intentó responder, pero solo pudo emitir un zumbido extraño. Su madre alzó la mirada y, al ver la criatura en que se había convertido su hija, dejó caer la taza, que se rompió en mil pedazos.

—¡Dios mío! —exclamó, llevándose una mano al pecho—. ¡¿Qué eres tú?!

Stella quiso explicarle, decirle que era ella, pero su madre, pálida y temblorosa, retrocedió un par de pasos antes de salir corriendo, llamando a los sirvientes en busca de ayuda.

Sin perder más tiempo, Stella se dirigió a la puerta principal, la abrió con dificultad y salió al exterior. El aire fresco de la mañana la envolvió, y por un momento, sintió un atisbo de libertad. Las enormes alas en su espalda se agitaron, sintiendo el viento bajo ellas.

Recordó su plan original: ir al internado. A pesar de todo, tenía que intentarlo. Se adentró en el bosque que rodeaba la mansión, deseando que el camino conocido le brindara algo de consuelo.

Al llegar al bosque vecino al internado, escuchó una risa familiar. Sofía, su amiga cercana, estaba sentada sobre una roca, arreglando su cabello y mirándose en un pequeño espejo de mano. Al notar la presencia de Stella, Sofía levantó la vista y, al verla, soltó un grito agudo.

—¡Ahhh! ¿Qué es eso? ¡Qué asco! —exclamó, dando un salto hacia atrás.

Stella intentó acercarse, moviendo sus nuevas patas con torpeza, pero Sofía retrocedió aún más, con expresión de repugnancia en su rostro.

—Sofía, soy yo, Stella —intentó decir, pero solo salió un zumbido de su garganta.

—¡No te acerques! —gritó Sofía, levantando una mano—. ¡Qué cosa tan horrible!

Las palabras de Sofía, cargadas de desprecio, hirieron a Stella profundamente. Se quedó inmóvil por un momento, sintiendo cómo el miedo y la tristeza la invadían. Sin embargo, no tenía tiempo que perder. Necesitaba ayuda, y el internado estaba más cerca de la ciudad y del hospital.

Continuó su camino, dejando a Sofía atrás, y pasó por el internado. Siguió hacia al hospital, esperando encontrar respuestas. Al entrar en la sala de emergencias, la gente a su alrededor se quedó mirándola con horror. Algunos pacientes gritaron, otros se cubrieron el rostro, y los médicos y enfermeras se quedaron paralizados.

Stella intentó acercarse a uno de los médicos, pero este retrocedió con rapidez. Su rostro reflejaba miedo e incompreensión.

—Por favor, necesito ayuda —quiso decir, pero solo salió un zumbido extraño.

—¡Llamen a seguridad! —gritó una enfermera—. ¡Saquen a esta... cosa de aquí! Antes de que Stella pudiera hacer algo, dos guardias de seguridad se acercaron con cautela, portando táasers. Con gestos amenazantes, la obligaron a retroceder hasta salir del hospital.

Desesperada y sin saber qué hacer, Stella se desplomó en el suelo fuera del hospital. Sus alas se desplegaron con tristeza, cubriéndola parcialmente. Sentía una mezcla de desesperanza y soledad, sin saber a dónde ir ni cómo regresar a su forma original.

Los transeúntes la miraban con curiosidad y miedo, pero nadie se atrevía a acercarse. Stella cerró los ojos, tratando de calmarse y pensar en una solución. Pero la incertidumbre de su situación la abrumaba.

Justo cuando empezaba a perder la esperanza, una voz suave rompió el silencio.

—¿Qué es eso? —preguntó un hombre, acercándose con cautela.

Era un trabajador del hospital que se había tomado un descanso. Al ver a la criatura desconocida frente a él, su expresión reflejó tanto curiosidad como preocupación. Stella intentó comunicarse, pero, como ya se había vuelto costumbre, solo salió un zumbido.

—Parece una especie de insecto gigante... —murmuró el hombre, sacando su teléfono para tomar una foto.

En ese momento, una enfermera salió del hospital.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, acercándose rápidamente.

—Mira esto, no sé qué es, pero parece necesitar ayuda —respondió el hombre.

La enfermera, manteniendo una distancia prudente, observó a Stella con detenimiento. Después de unos segundos, se volvió hacia el hombre.

—Podemos llevarla al departamento de biología de la universidad. Ellos pueden saber qué hacer.

Con cuidado, envolvieron a Stella en una manta e intentaron llevársela. Sin embargo, logró escapar de aquel secuestro. Salió volando de vuelta a la mansión sin saber a dónde más podía ir. Al llegar, se dio cuenta de que no podía entrar sin llamar la atención. Su apariencia la hacía una extraña en su propio hogar.

Desesperada, buscó refugio en el jardín trasero. Desde allí, observó cómo su madre salía cada noche a buscarla, llamándola con una voz llena de tristeza. Stella sentía un dolor profundo al ver a su madre sufrir, pero no sabía cómo mostrarse sin causar más miedo. Pasaron semanas en las que sobrevivió en el jardín, observando a su familia desde lejos.

Finalmente, incapaz de encontrar consuelo o una cura para su extraña condición, Stella decidió retirarse en soledad. Se alejó hacia el bosque cercano, buscando un lugar donde podría sentirse libre de las miradas y el miedo de los demás. Allí, lejos de todo, luchaba con su nueva realidad y buscaba en vano una manera de volver a ser quien era.

En el silencio del bosque, Stella encontró la paz a su propia manera. Mientras pasaba el tiempo, iba perdiendo su conciencia poco a poco. Sus necesidades se hacían más básicas y sus pensamientos se volvían lentos y tranquilos, mientras sus fuerzas se desvanecían. Cerró los ojos y dejó que la calma del bosque la envolviera por última vez.

Daniel Forns Sagástegui  
Cuarto de Secundaria